

## CAPÍTULO V

### CARACTERES COMUNES CON LOS PUEBLOS EUROPEOS

Explicase después de las precedentes manifestaciones, que el tipo rubio, por ejemplo, sea tan raro entre los judíos meridionales como frecuente (hasta un 20 por 100) en los países del Norte. En Inglaterra, el judío presenta justamente los cabellos alisados, muy finos, rubios, la frente elevada, los ojos azules, caracteres todos propios del británico puro. Explicase así también la presencia, en el Piamonte, de judíos de cráneo redondo y cabellos rubios, y en Venecia, por el contra-

rio, de cráneo cuadrado y oblongo y cabellos negros (1). Los judíos del oasis de Varragh, á los 32° latitud del Sur, tienen la piel de los negros y el perfil de los blancos; en Abisinia, presentan la nariz chata, los labios gruesos, el prognatismo y hasta la cabellera lanuda de los negros con una piel clareada casi semejante á la nuestra (2). No puede dudarse que esto se debe á que ellos experimentan la acción climática y étnica de cada región.

Casi todas las estadísticas de Europa proclaman unánimemente que los judíos ofrecen un número más considerable de varones y una mortalidad inferior á la observada entre los cristianos del mismo país, por ejemplo, en Alemania, Francia y Hungría (3).

Un estudio muy detenido, que hube de realizar hace algún tiempo acerca de los judíos de Verona, me ha demostrado que esta diferencia era muy reducida, y originada

(1) Véase Apéndice I.

(2) BOCCA, *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, 1869.

(3) En Prusia se cuentan 113 hombres por cada 100 mujeres, en Livonia 120 (BORBOYE, *Edinb. forn. of science* 1825). En Prusia ocurre un fallecimiento cada 34 cristianos, uno cada 40 judíos, etc.

principalmente porque los estadísticos debieron buscar un pueblo industrial, antes de compararlos con una parte bien acomodada de la población católica. Proviene igualmente esto, de que los estadísticos no han tenido en cuenta la eliminación de los judíos ilegítimos perdidos entre las huestes del catolicismo, ni el aumento aparente de la mortalidad, comparada con toda exactitud con la población católica, en los *Brefotrophes* (asilos) y en los hospitales.

Esta misma razón y el aparentemente reducido número de niños judíos ilegítimos justifican igualmente la excedencia de judíos varones en Prusia y Francia (120 por 100).

«Se ha notado, que las diferencias «biológicas» entre judíos y cristianos disminuyen á medida que se avanza de Este á Oeste, desde los países donde los judíos viven aislados, hasta aquellas comarcas en que se mezclan á otros habitantes. En América, los redactores del *Census Bulletin* hacen observar la notable prolongación de la estancia de los judíos en aquel país, y que la tasa media de las defunciones y nacimientos tiende, entre ellos, á aproximarse al medio general de los Estados Unidos. En otros términos, desde

todas las costas del Atlántico llegan á nosotros los testimonios de que las particularidades que distinguen al judío se van atenuando con la asimilación de ellos á la población en que viven. Además, adoptando las costumbres y los usos de los *goïm*, distínguese menos corporal y moralmente. Si se bautizasen no descubriría entonces el estádístico nada singular entre ellos al cabo de dos ó tres generaciones.» (Leroy-Beaulieu. *Israël chez les nations*, pág. 183).

Los judíos tienen en general la talla más pequeña que sus conciudadanos: mas, según observa Jacobs, esto se refiere á la permanencia en las ciudades: nosotros añadiremos que también en las callejuelas angostas y sucias. La manera de habitar, una vida más cómoda y tranquila y la escasa afición al alcoholismo explican asimismo la reducida mortalidad en los párvulos de tres á cinco años, razonando al propio tiempo porque hay menos suicidios y enfermedades contagiosas y hasta cierto punto, porque entre ellos los delitos son tan escasos (1).

«En todos los estados, escribe Leroy Beaulieu, los hijos de Jacob han quebrantado la

1) Véase el *Apéndice II*.

acción de los gentiles, adoptando el lenguaje, los usos, las costumbres de sus vecinos cristianos, si bien conservan frecuentemente todavía, tras de tantos siglos de destierro, la marca de los países habitados por sus padres. Nótase esto, lo mismo en los israelitas del Norte que en los del Mediodía, en los judíos alemanes que en los portugueses. ¿Cuáles es, en efecto, el origen de la distinción de los Askenazim y Sephardim, esa especie de cisma histórico, que ha dividido á Israel en dos fracciones desiguales? Esa es una distinción puramente nacional, absolutamente geográfica: es más arya que semítica; su único origen lo encontramos en el estigma impreso por las naciones sobre los descendientes de Abraham. Judíos alemanes y judíos españoles, Askenazim y Sephardim, igual eran los hijos del país donde hubo de arrojarles la dispersión que, cuando después de una separación de un millar de años, se volvían á encontrar bajo las etapas de un nuevo éxodo: hermanos separados, embargábales la pena al reconocerse.» (Leroy, *obra citada*, pág. 353).

Esta división corresponde á las diferencias étnicas: según Neubauer, «los judíos alemanes (Askénazim) tienen la boca grande,

la nariz gruesa, los cabellos encrespados; en los *españoles* (Séhardim) el cuerpo es airoso, la nariz delgada y larga, los ojos grandes y bellos». El autor acaso exagera, empero la diferencia de tipos de cada país es ciertamente demasiado pronunciada.

«Casi todos los genios judíos de Alemania, Heine y Börne como Lasalle y Carlos Marx, los dos semi-dioses del socialismo, han sentido la educación alemana, el espíritu alemán, el *substratum* germánico». (Leroy Beaulieu).

«Si quedaba en sus venas un *virus* secreto, no era éste absolutamente hebreo ni francés (id.)»

«En el Este como en el Oeste, los judíos que hicieron de la pluma un arma de guerra, han padecido la influencia de los partidos de su país, sometiéndose además al servicio del espíritu dominante de su tiempo (id.)»

Su afición casi nula á las artes plásticas es en ellos como en todos los semitas, inveterada; de tal suerte, que la vemos grabada en las severas leyes iconoclasticas de la Biblia.

No pueden desconocerse, sin embargo, los esfuerzos de ciertos judíos por concluir con estas vetustas tendencias: se ha comenzado

á ver entre ellos, algunos pintores, escultores, y lo que es más singular, incrédulos y hasta pródigos.

Cabe afirmar en general, que las aptitudes de los judíos son siempre paralelas á las que prevalecían en los países habitados antes por ellos; calculadores en Alemania, supersticiosos en Polonia, charlatanes en Venecia, ceremoniosos y poco comunicativos en el Piamonte. Acosta y Spinoza, los dos judíos que con mayor tesón han combatido los prejuicios y las creencias israelitas, nacieron precisamente en Holanda, nación que da igualmente vida en el mundo cristiano, á los más tenaces adversarios de la ortodoxia católica.

«En suma, prosigue Leroy, el judío está frecuentemente más próximo á nosotros que el fiero magiar y que el desdeñoso moscovita».

Novicov ha consignado (*La lutte des Races*) que esta tendencia á la asimilación se observa ya hasta en Rusia.

«La intolerancia contra los judíos ha sido uno de los mayores obstáculos para su fusión. En determinados países, como Rusia, donde los israelitas habían comenzado á asimilarse, manifestaban sentimientos pa-

trióticos, abandonando la sinagoga y tornándose indiferentes en materias de religión.

»Mas después, la intolerancia, privándoles de sus derechos civiles y políticos, y las continuas vejaciones les hicieron volver á sus comunidades. Perseguidos nuevamente, regresaron á la sinagoga, lugar para ellos de refugio, limitando sus enlaces matrimoniales á sí propios: escaso número de judíos convirtiéndose entonces al cristianismo; hoy todos los que se respetan, viven alejados de las doctrinas de Cristo.

»¡Cuántas veces hemos oído decir: se persigue á los judíos porque son refractarios á toda asimilación; un judío jamás será ruso ni alemán! Nadie se detiene á investigar por qué un hombre se asimila á su medio ambiente. Todo individuo concluye siempre por adaptarse al medio en que vive, cuando en él ve su progreso. Ahora bien, el judío, como todo hombre, prefiere la riqueza á la miseria, el honor al oprobio, la gloria al obscurecimiento. La pretensión de que los judíos no pueden asimilarse es puramente una elucubración abstracta.

Todas estas diferencias tienen muy fácil explicación.

Obligad á detenerse durante siglos ente-

ros, observan Jacobs y Mantegazza, á dos familias europeas en una ciudad, casi en una prisión, sujetas á iguales hábitos, y veréis cuán hondamente se diferencian de sus otros conciudadanos, cómo adoptan sistemas semejantes, que llegarán á hacer suyos propios, conforme acontece con los nobles, los sacerdotes y los militares.

La diferencia es en los judíos tanto más acentuada, cuanto más se prolonga la acción. Estudiemos ahora los caracteres morales.

La historia antigua del pueblo israelita nos ha revelado muchos de sus vicios y cualidades. Así, por ejemplo, la tenacidad elevada hasta la obstinación, un amor vivísimo á su patria, del que han dado heroicas pruebas en todo tiempo; junto á estos bellos caracteres, la avaricia, la avidez del oro, los prejuicios religiosos, la fe exagerada áun en las más extrañas tradiciones, el espíritu de raza, la astucia y la doblez. El judío debe á todos estos dones el lugar que ocupa en el mundo.

El ardoroso nacionalismo que heredaron de sus antepasados, esas singulares inclinaciones conservadoras, cuya existencia acabamos de demostrar suficientemente, nos en-

señan, como una vez arraigados en un país, sin importar que éste fuera enemigo, han conservado los usos, las costumbres más que la nación misma: prueba evidente de su profunda asimilación.

Preguntad, ha dicho un viajero, (*Rev. des deux mondes* 1872) á un judío de Constantinopla, de qué país es natural: os responderá: «soy español;» no obstante, han transcurrido ya cinco ó seis siglos desde que salió de España.

España fué especialmente para ellos una tierra de promisión: adoptaron su lengua, guardando fielmente en sus éxodos el hermoso idioma de su *cruel patria*, en frase de D. Miguel de Barrios, hijo de «Marranos.»

En Holanda, nación que les prestó eficaz apoyo, los correligionarios de Spinoza encontraban gran placer, á fines del pasado siglo, en cultivar su antiguo dialecto castellano, componiendo en verso y prosa.

En Damasco, por ejemplo, los hebreos llevaban antiguamente turbante; después, en el curso de sus emigraciones han seguido llevándolo, en las diferentes regiones del Islam, donde han residenciado; si lo usan de otro color es por voluntad propia.

Todos conocen la larga levita, la cabelle-

ra del judío polonés que nos representamos como la costumbre clásica de los judíos. Nosotros padecemos la mala inclinación de considerarlos superficialmente en su exterior, esto es injusto; necio creer que sólo han conservado el vestido del polonés del Este.

Esta obstinación en perpetuar los usos de su patria adoptiva, nos explica por qué ellos la defendieron tan heroicamente; pensamos que esto debería ser suficiente para disipar las desconfianzas surgidas acerca de este particular.

En Polonia, pueblo que los desprecia y degrada profundamente, numerosos judíos pelearon con heroico valor contra los opresores de la patria común.

En Italia ocho judíos tomaron parte en la expedición de los mil; no representaban sin embargo más que á una milésima de población. La historia, en fin, nos ha transmitido el recuerdo de su defensa de Nápoles, bajo Belisario, y de los Pirineos contra los francos.